



# Crítica

de Ignacio Valente 36

## Dos Novelas Chilenas De Aventuras

### LA REBELION DE LOS PLACERES

Fernando Alegría. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1990, 172 páginas.

### UN VIEJO QUE LEIA NOVELAS DE AMOR

Luis Sepúlveda. Editorial Emisión, Santiago, 1990, 128 páginas.

**D**OS autores chilenos publican al mismo tiempo sendas novelas de aventuras, género difícil de apariencia fácil, y no frecuente entre nosotros. Fernando Alegría es un novelista avezado, que dio pruebas de un considerable talento en su mejor relato, *Caballo de copas*, pero que ahora, en *La rebelión de los placeres*, acredita una no menos considerable confusión narrativa. Por el contrario, Luis Sepúlveda (1949) es un chileno trotamundos poco conocido en el país, que va en ascenso: empezó a publicar hace veinte años —en el extranjero— y hoy nos sorprende con esta novela breve, *Un viejo que leía novelas de amor*, cuya factura en extremo simple y amena parece la antítesis de la obra de Alegría: poco novedoso como lenguaje, sin pretensiones formales de ninguna especie, clara y entretenida, logra el fin directo y elemental que el género de aventuras postula como su fin inmediato.

La novela de Alegría recrea la legendaria odisea de los mineros chilenos que, a mediados del siglo pasado, acudieron a California en busca de oro, presos de la misma fiebre enloquecedora que reunía por esas latitudes a aventureros de todo el mundo. La novela posee una estructura argumental notablemente débil, errática, mal armada y peor montada. Bien pronto su lectura se hace cuesta arriba. Con su escritura indirecta, compuesta por brochazos heterogéneos, le falta el mínimo de claridad narrativa que necesita imperiosamente una novela de acción. No hay una línea argumental, sino episodios varios que parecen amarrados, unos con otros, de cualquier manera.

No entiendo por qué Fernando Alegría, un narrador hábil, ha elegido un estilo difusamente indirecto para narrar hechos que bien merecían una prosa clara y activa y un abordaje derecho. ¿Acaso por exceso de documentación, por el pie forzado de sus propios materiales? Aquí lo fácil se vuelve difícil, lo llano se vuelve sinuoso y entre-cortado, la aventura misma se pierde barrocamente en un ir y venir de caracteres que podrían estar bien logrados —que deberían estarlo— pero se estropean en un movimiento caleidoscópico donde simplemente el lector se pierde, y tampoco tiene ánimo para volver atrás en busca de claridad al precio de una segunda lectura que el texto no se merece.

Entre los hechos narrados y el autor se interpone una terca voluntad literaria de rasgos impresionistas que, a la manera de un prisma deformante, difumina los contornos del relato de acción y, en vez de revelar esta última en su elemental crudeza —hay más bandolerismo que búsqueda de oro— la debilita y le quita expedición. Y lo que importa más aún, ese prisma es un amortiguador de todo posible suspenso. El estilo se hace más visible que la acción misma, y así pierde una buena parte de su razón de ser en el género de aventuras, donde el lenguaje debería ser un fiel servidor de la peripecia

vital, y no un lente borroso que la demora y fatiga inútilmente.

Una parte importante de esta opacidad del idioma se debe al hecho de estar la prosa "contaminada" de poesía. El lenguaje se complace demasiado en retruécanos poéticos. Por ejemplo, alguien ha cortado la soga con que iban a ahorcar a un chileno, y se nos endosa a propósito esta rémora lírica en medio del relato de la acción: "¿Quién cortó la soga? ¿Quién dobló el ritmo funerario de la pesada campana? ¿Quién se vino abajo rasgando el cielo como un puñal y partiendo la noche manchada ya con los jugos del ahorcado?". A golpe de lirismo como éste no puede avanzar un relato de acción.

La novela de Sepúlveda es, a pesar de su título, una breve pero intensa novela de aventuras emplazada en el corazón de la Amazonia, que moviliza tres grupos humanos: los indios shuar, que viven en profunda comunión mitológica, vital y ecológica con su medio selvático; unos pocos lugareños "civilizados" lo bastante listos para participar a su medida de esa comunión, y un montón de "civilizados" de fuera —autoridades, colonos y europeos— que lo estropean todo, depredadores sin ley ni sabiduría. El título alude al protagonista, el primer hombre del segundo grupo, un viejo sabio que ha vivido entre los shuar, y cuya exótica pasión es leer novelas de amor sublime donde los amantes mezclan la dicha con padecimientos tan atroces como bellos y estereotipados.

La acción se centra en la cacería de un tigrillo hembra, y brilla con destellos de psicología animal. En general, la novela se siente escrita, no con la "documentación" que alimentó la de Fernando Alegría, sino con la directa experiencia vital de la Amazonia, donde en efecto vivió Luis Sepúlveda: un contacto de primera mano que no dan los libros. Hay en el relato una constante nota ecológica, que no suena con el acento de una moraleja o una tesis, sino con el suave fluir natural de los acontecimientos mismos, y por eso resulta convincente.

Lo primero que llama la atención de esta novela es su carencia de voluntad formal, su ausencia de genealogías literarias, el no pretender con el relato ningún lenguaje definido, ningún efecto formal ligado a escuela o tendencia alguna, salvo un vago parentesco —más bien lejano— con García Márquez. Simplemente se trata de contar una historia a partir de experiencias en la Amazonia que visiblemente son auténticas y originales, y armar con ellas un relato de pura acción, de simple cronología lineal, que agrada por su extrema sobriedad aunque decepciona un tanto por su aparente ausencia de estilo.

La voz de Sepúlveda parece no aportar nada a nuestra narrativa, sino la elemental amonición de una buena historia, como tantas otras ya contadas, en la vieja tradición anglosajona de —digamos— un Jack London: nada nuevo hoy por hoy, nada más —pero nada menos— que una aventura rica en interés humano y pintoresca de suyo sin mayores concesiones al pintoresquismo de ocasión. Su sobria hechura y su ameno suspenso se agradecen, por contraste con la complicada superestructura literaria que hace tan ingrata la lectura de la novela, tanto más pretenciosa y ambiciosa, de Fernando Alegría. ■